

HERBERT MARCUSE

## LA REBELION DE LOS INSTINTOS VITALES\*

Parto de los conceptos tradicionales de progreso: el progreso se mide por el estado de dominio sobre la naturaleza y por el estado de la libertad humana. Ambas tendencias se relacionan recíprocamente de manera positiva y negativa. Dominio sobre la naturaleza es al mismo tiempo dominio sobre los hombres mediante el aparato científico-técnico del control, la dirección y la manipulación. En otras palabras: el concepto del progreso se une aquí a un aparato de la no-libertad que se fundamenta en la técnica. Pero el dominio sobre la naturaleza es también producción y posibilidad de disponer de los medios para una progresiva liberación de los hombres, para una satisfacción de las necesidades en la lucha por la existencia. Esto sucede en el marco de una emancipación política.

La sociedad industrial de occidente se ha empeñado desde un principio en la primacía del dominio sobre la naturaleza a costa de la libertad. Lo que se ha concedido en libertad ha sido la emancipación política en el marco de la democracia burguesa. Esta democracia compensa el sometimiento de los hombres al trabajo con la elección —cada vez más apariencia pura— de los dominantes por los dominados y con el mejoramiento de las condiciones de vida. En otras palabras: en la historia se puede medir de hecho un progreso cuantitativo.

Este sistema de dominación se reproduce por medio de la satisfacción de las necesidades materiales y culturales de la mayoría de la

---

\* Este texto es la conferencia de Herbert Marcuse el 18 de mayo de 1979 en el 6° coloquio "Römerberg" de Frankfurt. El original alemán apareció en "Psychologie heute", VI, No. 9, Weinheim, Sep. de 1979, La traducción española que ofrecemos es de Guillermo Hoyos Vásquez.

población al mismo tiempo que se le organizan estas mismas necesidades; y este sistema se reproduce por el aparato de estado que regula cada vez más la economía. La apariencia de autodeterminación o al menos de determinación compartida posibilita la internalización de las necesidades que reproducen el sistema; es decir: el sistema produce necesidades inmanentes a él mismo, cuya satisfacción es posible en el marco mismo del sistema. Lo que se impone obligatoriamente se convierte en lo que se ofrece y luego en algo propio de los individuos como lo que ellos eligen.

El progreso en el desarrollo de las fuerzas productivas se le impone al capitalismo mediante su propia dinámica: una necesaria explotación intensiva y extensiva de la naturaleza, y un aumento de la productividad del trabajo, determinado por la presión de la cuota de ganancia y de la acumulación extensiva. La consecuencia de este proceso es un desarrollo de las fuerzas productivas bajo el principio de una destrucción productiva. Pensemos tan sólo en la industria de la energía nuclear, en la contaminación ambiental, en la deshumanización del trabajo; también hay agresión en la "cultura popular", en el deporte, en el tráfico, en la música, la pornografía, etc.

Este proceso de la destrucción productiva es irreversible en el marco de la sociedad capitalista. La suspensión del principio de destrucción productiva contradice al principio de organización del capitalismo como tal, sobre todo a la necesidad y a la expansión del trabajo alienado.

En el presente período se anuncia una negación históricamente posible del progreso cuantitativo: esto ocurre primariamente no en la base económica-política sino en una revolución cultural; ésta consiste en una desintegración progresiva de las normas, en cuya legitimación y reconocimiento en el actuar de las personas descansa el funcionamiento del capitalismo y el comportamiento en el trabajo y en el tiempo libre.

Estas normas que ya no se toman como legítimas y como necesarias para la vida son entre otras la moral de trabajo puritana, la existencia humana como medio de producción, la moral sexual burguesa y en general el principio de eficiencia. El rechazo a legitimar lo establecido se presenta no sólo en los "catalizadores" de la contra-cultura, del movimiento estudiantil, del movimiento feminista, de los movimientos cívicos y otros semejantes, sino también en la misma clase obrera; pienso en el aumento de sabotajes sistemáticos y no-organizados, ausentismo, exigencias de acortar el tiempo de trabajo, etc.

La negación del progreso cuantitativo es una negación determinada: es decir, tal negación toma su fuerza real de las tendencias de la sociedad establecida que ya trascienden esta sociedad. Tales tendencias se presentan subjetivamente en la transmutación radical de los valores en la contra-cultura y objetivamente en la madurez, inclusive quizá en la más que madurez de las fuerzas productivas que hacen posible, como auténtica realidad, la superación de la escasez, algo que únicamente es-

tá impedido por los intereses económico-políticos de la dominación. En vista de la concreción de la utopía no se debe despreciar la transmutación de los valores en la revolución cultural como si se tratara de mera ideología, de algo superestructural, etc. Tal proyecto está soportado por una verdadera conciencia que al mismo tiempo es conciencia anticipadora. Además esta conciencia anticipadora se realiza en modos de comportamiento sociales e individuales, por ejemplo en la destabuización del lenguaje, en la emancipación del cuerpo de su utilización como instrumento de producción —la así llamada sensibilidad— y en un más o menos metódico salirse de la lucha competitiva.

El progreso técnico es una necesidad objetiva tanto para el capitalismo como para la emancipación. Esta última depende de un desarrollo ulterior de la *automación* hasta el punto en el que, según las palabras de Bahro, “la economía del tiempo” como dominación pueda ser derrocada, es decir, se dé el tiempo como libre, el tiempo creador como el tiempo vital. Pero quizá sea una conclusión demasiado rápida decir que solo el uso desviado de la ciencia y la técnica tiene la culpa de la represión continua. La transmutación de los valores y de las presiones, la emancipación de la subjetividad, de la conciencia, bien podría ya irse haciendo efectiva en una concepción de la técnica misma, en la misma construcción del aparato científico-técnico. La técnica de la emancipación podría ser otra que la técnica de la dominación: otras prioridades sociales de la investigación, otro ordenamiento de la magnitud del aparato, etc. Quizás es la técnica la herida que sólo puede ser curada por el arma que la causó: no se trata de la destrucción de la técnica, sino de la reconstrucción de la técnica para una reconciliación de naturaleza y sociedad.

Pero también sería una conclusión demasiado rápida si la disolución de la sociedad de consumo represiva tuviera que ser realizada mediante la imposición de producir el consumo. Esto sería comenzar la emancipación con una represión intensificada! Un papel definitivo del factor subjetivo es que la emancipación de la sociedad de consumo debe convertirse en una necesidad vital de los individuos. Esto supone a la vez una transformación radical de la conciencia y de la estructura instintual de los individuos. Presupuesto para ello es el debilitamiento interno de la sociedad de consumo. Pero el descenso del nivel de vida no transforma todavía el sistema establecido de las necesidades, ni tampoco transforma la cualidad de ellas. La necesidad no satisfecha sigue siendo necesidad.

Lo que debería cambiarse sería la infraestructura debajo de la base económica-política, la relación entre instintos vitales e instintos de destrucción en la estructura sicosomática de los individuos mismos. Esto significaría un cambio de la estructura sicosomática que hoy domina: ésta lleva consigo la aceptación de la destrucción, el convivir con la vida alienada, el acuerdo no siempre tácito con la agresión y la destrucción.

¿Cómo debe llevarse a cabo esta transformación en los individuos mismos? Aquellos que deciden hoy sobre el progreso, los amos de la economía y de la política, siguen adelante: una visión a largo plazo parece no interesarles demasiado; y los que ya no quieren soportar más este progreso, se constituyen casi espontáneamente en nuevas formas de oposición: en gran parte desde fuera y contra los partidos políticos y las organizaciones de clase. Se trata de una protesta de todas las clases de la sociedad, motivada por una profunda incapacidad física y moral para hacer el juego y por la decisión de salvar lo que todavía pueda salvarse de humano, de alegría y de autodeterminación: una rebelión de los instintos vitales contra los instintos de muerte organizados socialmente. Esta protesta contra el progreso productivo de destrucción activa el factor subjetivo en la transformación. Este ancla la emancipación en la subjetividad que ha sido convertida en objeto.

Este anclar la rebelión en la subjetividad de la existencia humana hace al movimiento de oposición alérgico a una organización englobante. Esto debilita su fuerza de choque, lo aísla de las masas, y le da una apariencia elitista y la cualidad de lo apolítico, de la fuga de la teoría y la praxis política.

Pero sería un cálculo falso permanecer ahí. El valor político de la subjetivización radica en los valores de la autodeterminación que han sido reprimidos por las organizaciones de masas y por su ideología, este valor está en la concreción de la diferencia cualitativa relegada hace mucho a lo abstracto. Se trata de cada individuo y de la solidaridad de los individuos, no sólo de las clases y de las masas.

Si las organizaciones políticas y sindicales tradicionales tienen que aportar ellas mismas a la reproducción del progreso destructivo; si también las contradicciones sociales han llegado a una unidad represiva, pues se trata de una totalidad no-verdadera, en la cual el progreso sigue tirando, sin nunca ir más allá de esta totalidad, entonces está bien que las fuerzas del progreso cualitativo se hagan presentes en formas anticipadoras "precoces" de una contra-cultura centrada en los individuos.

Pero este contramovimiento es ambivalente en alto grado. Por un lado la "materialización corporal" —en sentido literal— de la rebelión contra el progreso cuantitativo es negativa, en cuanto se queda en la resistencia. Por otro lado es positiva, en cuanto en la edad de la integración total conserva la utopía concreta de un progresar más allá de lo dado, en cuanto insiste en la receptividad creativa de la sensibilidad contra la productividad de la razón instrumental y en el derecho del principio del placer contra la omnipotencia del principio de eficiencia. Este proceso hacia algo nuevo se expresa hoy en el movimiento feminista en contra de la dominación patriarcal que en el capitalismo ha alcanzado la madurez social; se expresa, al trascender la esclerotizada división de clases, en la protesta contra la industria atómica y la destrucción de la naturaleza como mundo de la vida cotidiana; y se expresa

en el movimiento estudiantil, que a pesar de todos los presagios de muerte es todavía vital en su lucha contra la degradación del aprendizaje y de la enseñanza que reproducen el sistema. Mientras estas formas de protesta conserven su carácter político heterodoxo, se rompe la politización cuando la resistencia permanece en la interioridad. La desesperación de lo político lleva entonces a aquel desacreditado "viaje hacia la interioridad" que ha encontrado su expresión como política aparente en la así llamada "política en primera persona".

Este viaje hacia la interioridad se convierte entonces en aquella publicidad de únicamente lo privado que prevalece sobretodo en la literatura, se convierte en el pavonearse del yo como centro inclusive del mundo político. Pero no todos los problemas, ni todas las angustias, no todas las vivencias del yo son relevantes socialmente para que sean cargadas a la cuenta de la sociedad de clases.

Yo creo, y con esto quiero terminar, que hay un criterio que permite distinguir hoy la interioridad auténtica de la no auténtica. Es el siguiente: toda interiorización, todo recuerdo que se haga público y no se aferre al recuerdo de Auschwitz y sea menospreciado por Auschwitz como insignificante, es fuga y evasiva; y un concepto de progreso que no comprende un mundo en el cual Auschwitz sigue todavía siendo posible, es en sentido peyorativo abstracto.

---